

obstante, señaló que el sistema de cuotas de refugiados es una solución «puntual» y no «global». Advirtió que Europa no puede actuar «a golpe de demanda» ante un problema que «puede perdurar en el tiempo». A su juicio, es necesario incidir en «cooperación» para poder actuar en origen.

Merkel por su parte desearía fijar cuotas vinculantes y ya ha pactado previamente con Francia que el reparto tenga en cuenta el volumen de población de cada país y su fortaleza económica. Eso fue lo que expuso anoche, durante la cena oficial en Messeberg, a la delegación española. Según fuentes diplomáticas, hubo un clima de «entendimiento en todo lo básico».

Quizá en la reunión que mantendrán hoy los dos jefes de Gobierno en la cancillería de Berlín sirva para concretar un poco más sobre las medidas de lucha contra los traficantes de personas y sobre los términos del fondo fiduciario para países africanos de origen de los refugiados, que según medios de comunicación alemanes podría ascender a 1.000 millones de euros.

Quizá lleguen a hablar de la necesidad de separar refugiados políticos de inmigrantes ilegales por motivos económicos, una cuestión que el gobierno de Berlín tiene en mente pero que, por su delicadeza, será difícil de articular. Y Rajoy deberá avanzar hasta qué punto está dispuesto a seguir a la canciller alemana en el pulso en el que se pone en juego el Tratado Schengen. «El principio de libertad de movimientos es un gran logro europeo y no debería darse un retroceso», reconoció ayer Merkel, pero no dudó en reafirmarse en que, si no hay un reparto equitativo de los refugiados, Schengen está en peligro.

Rajoy juega un inesperado papel clave en esta negociación, debido a que el viernes se reúne con Cameron en Madrid y tendrá oportunidad de tantear hasta qué punto Reino Unido seguirá mirando hacia otro lado mientras miles de refugiados emprenden a diario un incierto viaje al centro de Europa, viaje que más de la mitad de ellos, según las estimaciones de Merkel, deberán hacer de vuelta, ya que no cumplen los requisitos de asilo.

El calendario político sitúa además sobre Rajoy una presión electoral añadida que le obligará a ser muy precavido. Merkel, sin embargo, espera pasos definidos que trasciendan lo meramente sentimental y que queden fijados en normativas vigentes, que es como le gustan a ella las cosas. Está decidida a poner la crisis bajo control a base de un marco legal europeo por encima del drama. Cuando ayer le preguntaron si no había sentido compasión por Reem, la niña palestina que desea estudiar en Alemania y que lloró al saber que su familia sería repatriada, Merkel respondió que «vivimos en un Estado de Derecho y no puede ser que la situación jurídica de una persona cambie por una conversación con la canciller. Hay unas normas y deben cumplirse. Y está bien que sea así».



Un refugiado duerme en los astilleros del viejo puerto de Trieste, tras recorrer miles de kilómetros para alcanzar Europa. MÓNICA BERNABÉ

El final de la ruta de los Balcanes

Refugiados que llegan a Trieste acaban durmiendo bajo los puentes del viejo puerto

MÓNICA BERNABÉ TRIESTE
ESPECIAL PARA EL MUNDO

Recorrieron Turquía y Grecia, consiguieron subir al tren en Macedonia, atravesar Serbia, entrar en Hungría y alcanzar el destino que querían, para al final encontrarse esto: los viejos astilleros del puerto de Trieste, donde tienen que dormir entre escombros y donde los mosquitos los devoran cuando llueve. Porque la solidaridad existe mientras los refugiados aparecen en la televisión, pero no cuando están en la puerta de casa.

La ciudad italiana de Trieste, en el nordeste del país, en el confín con Eslovenia, se había caracterizado hasta ahora por su buena gestión de la inmigración, hasta el punto de que se consideraba un ejemplo a seguir en toda Italia, y por qué no, en el resto de Europa. La asociación Italian Consortium of Solidarity –encargada de la acogida de los extranjeros en la ciudad, junto con Cáritas– había apostado por la dispersión de los inmigrantes en la localidad, evitando la creación de

grandes centros de acogida. Pero la llegada masiva de refugiados por la ruta de los Balcanes puede dar con todo al traste. De momento decenas de personas que esperaban haber alcanzado *Eldorado*, pernoctan en condiciones dramáticas en el viejo puerto de Trieste. Y se han empezado a dar manifestaciones xenófobas en una ciudad que se consideraba solidaria.

«Alojamos a los refugiados en apartamentos que alquilamos a propietarios privados. Tenemos 60 pisos arrendados», explica el responsable del Italian Consortium of Solidarity, Gianfranco Schiavone. Así la presencia de los inmigrantes resultaba casi invisible en Trieste. Los vecinos se acostumbran a ellos como unos inquilinos más, y ellos a los vecinos y a la vida de la comunidad, con el seguimiento de un asistente de la asociación. El modelo parecía perfecto.

Casi la totalidad de los refugiados que llegan a Trieste son afganos o paquistaníes. Muchos se planteaban viajar inicialmente a Alemania,

pero se desviaron de su camino al considerar que tal vez tenían más posibilidades de obtener asilo en Italia. De momento son pocos. En Trieste hay en la actualidad 930 extranjeros, según datos del jueves facilitados por el Ayuntamiento. Pero el goteo de nuevas llegadas es constante, y se teme una avalancha. De hecho, el Italian Consortium of Solidarity ya no tiene capacidad para alojar a los refugiados al ritmo al que están llegando.

En julio se planteó crear un centro de acogida de emergencia en un pueblo cercano, Muggia, a 16 kilómetros de Trieste, pero los vecinos se echaron a la calle para impedirlo. El sábado unos desaprensivos pintarrajearon la entrada del comedor social de Cáritas con la leyenda: «No inmigrantes». «Nunca había ocurrido algo así en esta ciudad, y eso que Cáritas es una institución muy respetada», afirma su director, el padre Alessandro Amodeo.

Días atrás una vecina planteó en un programa de televisión que el Ayuntamiento habilitará un autobús para los inmigrantes a fin de que no

utilizaran el transporte público, según explica Laura Famulari, asesora de Políticas Sociales del consistorio de Trieste, algo que ya considera el colmo. «Me parece muy grave. Es fruto de una intolerancia creciente que está siendo alimentada por determinados partidos políticos y medios de comunicación», lamenta.

«Yo obligaría a todos los municipios a aceptar por ley una cuota de inmigrantes», afirma Schiavone, visiblemente enfadado. Porque una cosa son los grandes discursos de solidaridad de Merkel y otros líderes europeos, y otra, la gestión del problema sobre el terreno.

«Aquí al menos han mostrado una cierta humanidad por los afganos», afirma en cambio Noor Abdullah, uno de los jóvenes que duerme en el puerto viejo de Trieste.

Una comunidad religiosa les ha facilitado sacos de dormir y sábanas, y ellos han buscado cartones y plásticos y se han construido sus propias barracas. «Me han llevado al médico», argumenta mientras se levanta ligeramente los pantalones. Tiene picaduras en los tobillos y también en los brazos. Huyó de Afganistán porque, dice, la pirámide poblacional allí se ha invertido. Ya no mueren los viejos, sino los jóvenes. Todo a causa de la maldita guerra.

Otro muchacho de 25 años, originario de Bajaur, la zona tribal entre Afganistán y Pakistán, reconoce que la policía le tomó las huellas dactilares en Hungría. Pero no tiene ni idea de qué es el acuerdo de Dublín, ni qué comporta que lo hayan identificado en eso otro país europeo. Sólo teme, como todos los demás, que lo devuelvan a su país de origen.

En la ciudad han comenzado a registrarse brotes xenófobos

«La intolerancia está siendo alimentada por los partidos y los medios»